

Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo II. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 422-426.

Rodney Arismendi (1913)

Como se recuerda en la Introducción (I) de este libro, sostiene Adorno que la actitud ensayística se funda mal en la secuencia rígida de un sistema y que éste es el error de los ensayos del último período de Lukacs. El ensayismo sería así no tanto —y no sólo— la exploración libre de una realidad o una idea sino la posibilidad de una revisión desprejuiciada de los supuestos con que ellas están siendo indagadas. La cuestión es compleja, y más cuando estos supuestos parecen —como en el caso de los del marxismo— eventualmente dogmáticos a los que están al margen de su formulación ortodoxa mientras se proclaman y se sienten vivos, flexibles, fieles a lo real para los que se inscriben en ella. Pero, con todo, y si se cree que el ensayo importa pensamiento “no fundado” o fundamentación “in fieri”, puede resultar que los ensayistas de filiación marxista sean los más apegados a un fundamento omnipresente, los más cohibidos por él. A esto agréguese la convicción del marxismo y los marxistas de ser “ciencia” y ser “científicos”, convicción que, si puede controvertirse (y es susceptible que lo sea eficazmente), posee una validez subjetiva que ha de pesar, con todo su peso, en la actitud con que enfrenten cada asunto.

Todas estas consideraciones parecerán, incluso, lesivas, para justificar la inclusión de Rodney Arismendi en una selección de la naturaleza de la presente. Y si esto puede ocurrir es porque, especialmente, la temática que Arismendi ha manejado tiene mucho de común con una buena parte de la de los ensayistas de enfoque político-social que aquí se recogen.

Al margen ya de este tal vez ocioso debate, parece indiscutible que Arismendi es el político comunista militante de labor escrita más importante o, por lo menos, mejor conocida fuera del círculo de su partido. En este sentido puede asumir la labor de varios estudiosos que, dentro de su colectividad, han llegado a la edición del libro y a la frecuencia de estos (recuérdese a Francisco Pintos y a Pedro Ceruti Crosa, aunque otros que los del ensayo —la historiografía, la crítica filosófica, la novela— fueron los moldes en que se vertieron sus afanes). En otra dirección también Arismendi y su obra representan mucho: es la importancia que a la “teoría”, para la práctica viva de la política, el comunismo atribuye, singularidad básica de los partidos marxistas que hace que Arismendi no tenga equivalentes en los bandos tradicionales. Pues el dirigente marxista-leninista que escribe en forma regular no lo hace lujosa, evasiva o lateralmente a la labor central de sus días sino, justamente, para servir al entendimiento de la realidad cuya transformación revolucionaria la acción ha de acometer.

De acuerdo a esta pauta, a una intensa colaboración periodística (JUSTICIA, EL POPULAR y sobre todo, desde 1956, la revista ESTUDIOS), a una ya prolongada acción parlamentaria, Arismendi ha sumado los volúmenes que portan **La filosofía del marxismo y el señor Haya de la Torre** (1946), **Para un prontuario del dólar: al margen del Plan Truman** (1947), **Algunos problemas de la lucha ideológica**, s. f. y, especialmente, **Problemas de una revolución continental** (1962), un libro que recoge buena parte de su obra escrita anterior y contiene, entre otros textos, un cáustico ataque al **Proceso histórico del Uruguay** de Zum Felde.

Casi todos estos textos se vertebran, sin embargo, sobre el plano ideológico-político y se hallan sólidamente – o por lo menos copiosamente – documentados lo que, por otra parte, no constituye el único rasgo capaz de testimoniar en Arismendi una decorosa cultura económica, social, histórica y filosófica.

La filosofía del marxismo y el señor Haya de la Torre es probablemente el trabajo que mejor se sitúa en lo que cabe llamar el centro de las preocupaciones teóricas de Arismendi, esto es, la utilidad del marxismo tanto como herramienta interpretativa de índole histórico-social que como instrumento de lucha contra sus adversarios, ya sean juzgados como personeros de la simplificación (Zum Felde) o del puro desvarío (Haya). En esta dirección, se puede señalar que la brega por conservar la pureza del marxismo-leninismo partidario se concretó, para Arismendi, hacia la quinta década del siglo en la denuncia de la teoría de Haya sobre el **espacio-tiempo histórico**, basada supuestamente en conceptos einstenianos y mediante la cual el jefe aprista creyó procedente deducir la relativización del marxismo en su aplicación al mundo extraeuropeo y, en especial, al americano, donde, y contra Lenin, el imperialismo no sería “la última etapa” sino, justamente, la prologal, la anterior a todo capitalismo formal.

La argumentación de Arismendi contra Haya es copiosa y señala certeramente algunas debilidades evidentes del razonamiento del peruano, entre otros su eclecticismo novelero que mixtura Spengler y Marx, Toynbee y Einstein y un pretencioso perspectivismo que juega con la hábil prestidigitación de los **pueblos-luz** y de los **espacios-tiempos**. No denuncia, en cambio, el autor, ingredientes de la tesis de Haya que sus planteos también comparten: la “dialéctica finalista ascendente” (para usar la expresión de Gurvitch), el naturalismo implícito que representa trasladar categorías de la Física a la Historia, el manejo abusivo de “tipos-ideales” que importa usar sin matización histórica y geográfica esas grandes categorías de “imperialismo”, “feudalismo”, “capitalismo” u otras semejantes.

En otros pasajes del trabajo, ciertos rasgos del pensamiento marxista ortodoxo se marcan con nitidez. Tales son, por ejemplo, el orgullo de la previsión, la

argumentación de autoridad que significan las largas citas de Marx, Lenin y Stalin, la agresividad frecuente, la aseveración dogmática del “carácter científico” de su sistema interpretativo. Pero lo que talvez hoy pueda despertar más controversias (lo apuntaba Benjamín Nahum en una aguda nota de MARCHA, nº 1101) es el subrayado estereotipo sobre la necesidad de la “revolución nacional burguesa” y el repudio a fundar en el estrato popular campesino las revoluciones nacionales del mundo marginal, proyecto visiblemente vinculado para Arismendi con el populismo pre-capitalista que tanto prestigio tuvo en el pensamiento social ruso y que Lenin atacó empecinadamente. Si a esta posibilidad los libros de Frantz Fanon la han dotado de incomparable elocuencia y el ejemplo de Argelia (y también de Cuba) la están echando a andar por la historia, en cuanto a la premisa mayor de su postura apúntese que, como en otras circunstancias, el autor tiende a usar conceptos demasiado globales de las clases y, en este caso, se inclina a comprender bajo el rótulo de “burguesía” tanto lo que históricamente funge por tal como ciertos sectores de las “nuevas clases medias” (técnicas, profesionales, intelectuales, gestoras económicas). Ciertos sectores, cuyos intereses, cuya dinámica, cuya previsible función (en verdad irremplazable) en un posible orden socialista, están resultando bastante distintos a los de los otros segmentos sociales con que tiende a confundírseles.

Más allá de todo esto y buscando la significación de este estudio, importante en nuestra cultura, es evidente que la atención de Arismendi a la teoría de Haya (y ésta misma) se localiza en la encrucijada decisiva desde la cual las tendencias, al parecer irreversibles, a una desmonolitización y descongelación del marxismo arrancan. Ya se apuntaba en otro autor (véase noticia sobre Emilio Frugoni) las posibles variantes de un “marxismo literal” y un “marxismo difuso”, de un “marxismo abierto” y un “marxismo cerrado” y, aun, de un “marxismo-ingrediente” y un “marxismo-dominante”. Pero todavía, y a propósito de este vivo tema polémico, valdría la pena apuntar la variedad de direcciones que esa relativización del marxismo en el mundo extraeuropeo ha seguido.

Señalar (y mejor: denunciar) que el monopolio de su interpretación por parte de los teóricos políticos y económicos soviéticos importa su mediatización concreta a los intereses de la U.R.S.S. como potencia es una. Llevar hasta sus últimas consecuencias la fórmula de la **diversidad de caminos** para la liberación que el nuevo programa comunista soviético adopta y reconoce, es otra. Relativizar la ideología de Marx en nombre de un contraste entre el carácter abstracto de las ideas y las exigencias realistas de una acción local, situada, es una más, sin duda tan débil como las anteriores si se reconoce que un sistema ideológico es, en su necesaria universalidad, válido y se vigila atenta, polémicamente, la corrección de sus aplicaciones. Afirmar la “ambigüedad” de toda ideología, la contingencia de sus efectos es otra y más afinada y a ella habrá que referirse de nuevo a propósito de algún autor posterior de esta selección. Acometer formalmente la revisión del marxismo a la luz de las evidencias de la ciencia contemporánea, de la historia de nuestro tiempo, del proceso económico

contemporáneo parece, sin duda, la postura más honrada, sobre todo si se le da un adentramiento riguroso en los fundamentos mismos de Marx, o en las inferencias no exploradas de su obra, o en todo lo olvidado bajo el proceso de simplificación, o en todo lo deformado por ese sesgo mecanicista y antidialéctico que tanto se ha señalado en sus seguidores. Esto (y para cerrar esta digresión) es obvio, no importa, con todas sus alharacas, la posición de Haya, que oscila laxamente entre las líneas de la ambigüedad y la de la relativización local.

En el texto de Arismendi recogido aquí y parte muy pequeña de su trabajo es dable ver que la relación de dialéctica y relativismo no está establecida rigurosamente y que quedan cabos sueltos entre la afirmación (sustancialmente cierta) de que el pensamiento de Marx es relativo (pero no relativista) y de que todo relativismo es antidialéctico. En este trabajo juvenil de Arismendi es perceptible también esa irresistible hostilidad del “pensamiento de izquierda” – que Simone de Beauvoir teorizara – a toda concepción “cíclica” y “pluralista” de culturas y civilizaciones; anótese igualmente que aparece en él, y en forma más que incipiente, la tendencia, dominante hoy, a ver en el “materialismo” marxista un “realismo” y un “objetivismo” más que la metafísica de una concepción histórica, contingente, de lo que es “material”.